



NUEVO ROMANCE

DE

D. CARLOS Y D.<sup>a</sup> ELENA,

En que se declaran los amores de estos finos amantes, naturales de la ciudad de Málaga, y lo demas que verá el curioso lector.

PRIMERA PARTE.

Galanes enamorados,  
hijos de la primavera,  
los que de flores y amores,  
gustosamente se precian,  
los que servis á las damas  
con músicas y con fiestas,

y al cabo venis á dar  
en una enredada yedra.  
Oigan, que quiero contarles  
la historia mas verdadera,  
que en los anales del tiempo  
han escrito la mas diestra

171

plumas de aquellos autores,  
que hubo de notable ciencia,  
y porque en bronce se escriba,  
y en lámina quede impresa,  
le suplico á mi auditorio,  
que con atencion me atienda,  
mientras la refiero y digo,  
que en Málaga la mas bella  
ciudad que el sol con sus giros  
baña desde la primera  
hora de su nacimiento,  
hasta que á su lecho llega.  
Nació una dama, que fue,  
hechizo de la belleza,  
doña Elena se llamaba,  
que bastó el llamarse Elena,  
para que fuese otra Venus,  
que entre las demas estrellas  
resplandece su hermosura  
asi entre las malagueñas,  
doña Elena se llevaba  
el lauro de todas ellas.  
Rendido de su hermosura,  
y ciego de su belleza  
andaba un ilustre jóven,  
cuyo nombre ya me es fuerza  
decir que don Carlos es,  
y el apellido se queda  
en silencio, porque importa  
que no lo diga la letra.  
Por medio de una criada,  
correspondiente de aquesta  
señora, le escribió un dia  
un billete, cuyas letras  
decian de aquesta suerte.  
Hermosísima princesa,  
hechizo de la hermosura,  
vivo iman de mis potencias,  
tu amor me tiene cautivo  
el corazon entre gruesas

cadenas, siendo la causa  
tu hermosura, doña Elena,  
yo pretendo ser tu esposo,  
y si consigo esta empresa,  
pondré, señora, á tus plantas  
aves, animales y fieras.  
Dios te guarde hermoso dueño  
solo espero la respuesta,  
para que tengan mis ansias  
fin, y descanso mis penas.  
Remitió el dicho villete,  
con esta criada mesma.  
Le corresponde la dama  
diciendo de esta manera.  
Señor don Carlos, yo espero,  
á eso de las once y media  
de la noche en mi balcon,  
muy firme, constante y cierta,  
y alli os daré la palabra  
con certidumbre y firmeza.  
Llegó el papel á don Carlos,  
tomólo, y rompió la nema,  
gran contento recibió,  
mucho en el alma se alegra,  
al ver que ya sus intentos  
algunos principios llevan.  
Llegó la citada hora,  
tomando estoque y rodela,  
dos famosas carabinas,  
y una calada montera,  
y armado como un Roldan  
se fue al balcon de su prenda,  
hizo una seña, y salió,  
y por una falsa puerta  
del jardin, le dió á don Carlos  
entrada en su casa mesma.  
Esté conmigo el curioso,  
borremos aqui la letra,  
y vamos á que don Carlos  
con súplicas y promesas,

gozó cuánto deseaba  
su gusto en falsas propuestas;  
gozóla, al fin, con palabra,  
y mano de ser con ella  
desposado; pero luego  
después otra cosa intenta,  
que es ausentarse y dejarla,  
y en una nave ligera,  
se embarcó para las Indias;  
pero la suma grandeza  
de Dios Todopoderoso  
quiso que cautivo fuera  
de unos bárbaros piratas,  
que le presentaron guerra,  
y por ser las fuerzas dobles,  
prisioneros se los llevan  
á la gran ciudad de Argel,  
y los pusieron en venta,  
á don Carlos lo compró  
en cien libras de moneda  
el moro de mayor fama,  
que en el Africa respetan.  
Dejemos aquí á don Carlos,  
y pasemos á dar cuenta  
de la dama, porque es justo  
que por estenso se sepa.  
Del ya referido lance  
quedó esta noble doncella  
embarazada, mas antes  
que el vientre se conociera,  
se encerró en un aposento,  
adonde vista no fuera,  
fingiendo que estaba mala,  
no iba á visitas ni fiestas,  
ni aun á misa los domingos;  
ni á las gustosas comedias;  
y ya cercana del parto,  
mandó á un tallista le hiciera,  
una arquita muy labrada,  
y que de largo tuviera

dos tercias, y media vara  
de ancho, y después de hecha,  
le echase su cerradura,  
su llave, y una cadena,  
adonde estuviera asida,  
porque no se le perdiera,  
Llegó la hora, en que ya  
los dolores se le acercan  
del parto, y á una criada  
mandó que se dispusiera  
para salir, y que á nadie  
le diese indicio, ni cuenta  
adonde iban, y salieron  
disfrazadas y encubiertas,  
amparadas del silencio  
de la noche y sus tinieblas,  
y juntamente llevaron  
el arca y la vestimenta,  
para que lo que pariese,  
fuese vestido con ella,  
y en unos ásperos montes  
las dos se metieron cerca  
de un fertilísimo rio,  
en una casa pequeña,  
inhabitable que estaba  
terraplenada y deshecha,  
en ella parió, sirviendo  
su criada de partera;  
parió una niña que daba  
envidia á las flores bellas,  
vistiéronla, y la metieron  
en el pecho una cédula,  
cuyos renglones decian:  
el bautismo es lo que espera.  
Después al cuello le echaron  
una preciosa cadena  
con una joya de oro,  
de inestimable grandeza,  
que en los primeros amores  
don Carlos dió á doña Elena.

Metiéronla en la arquita;  
y luego despues la cierran,  
y las juntas de las tablas,  
las embrearon con brea,  
para que el agua no entrase  
dentro, y que no se hundiera.  
Arrojáronla en las aguas,  
cuyas corrientes soberbias

van á tener en el mar  
sepulcro en sus aguas mismas.  
Despues se fueron las dos  
á la ciudad con presteza,  
y aqui el poeta rendido  
á aquesta parte primera  
le da fin, y en la segunda  
decir lo que falta intenta.

# FIN.



*NUEVO ROMANCE*

DE

**D. CARLOS Y D.<sup>a</sup> ELENA,**

En que se declaran los amores de estos finos amantes, naturales de la ciudad de Málaga, y lo demas que verá el curioso lector.

*SEGUNDA PARTE.*

Ya dije en la primera parte, noble auditorio discreto, como la ama, y la criada á la ciudad se volvieron, despues de echar en las aguas el arca, y la niña dentro, mas de alli á poca distancia,

y despues de corto trecho, se detuvo entre unos troncos, que consumian al tiempo, tenian dentro del agua metida gran parte de ellos. Tiernamente zozobraba, con suspiros, hasta el cielo

172

suben los llantos humildes,  
pidiendo favor de ellos,  
á cuyo tiempo pasaba,  
por aquel sitio un vaquero,  
elevado, y compasivo,  
confuso, admirado, y yerto  
se quedó cuando en las aguas  
oyó suspiros tan tiernos;  
púsose sobre los troncos,  
y sacando á salvamento  
el arca, la abrió, y sacó la  
niña que estaba dentro;  
llevóla en sus mismos brazos  
á su choza, y disponiendo  
las diligencias precisas,  
para conducirla al pueblo.  
Remitióla á la ciudad,  
y le sacaron del pecho  
el papel, en que decía  
el Bautismo es el que espero.  
Diéronselo, y el padrino  
vino á ser su propio abuelo,  
padre de don Carlos, que  
asi lo permitió el cielo.  
Y en el sagrado bautismo  
Rosalia le pusieron  
del Rio, que este apellido  
le viene bien de derecho,  
y el vaquero agradecido  
le presentó al caballero  
la joya de oro, que  
le halló á la niña en el pecho,  
el cual la conoció al punto,  
y ha dicho; válgame el cielo!  
quien te ha dado aquesta joya?  
de donde te vino esto?  
el vaquero le contó  
físicamente lo cierto.  
En fin, se quedó con ella,  
varias cosas discurrendo.

Quedóse la niña á cargo  
de su padrino y abuelo,  
y una ama para criarla  
llevó á su palacio mesmo.  
Divulgóse en la ciudad  
este caso en breve tiempo;  
y la dama se previno,  
haciéndose este concepto:  
la criada ha de descubrir  
el secreto de su pecho,  
y he de quedar desdórada  
sin honra, punto ni crédito,  
y así, para no vivir  
con el sobresalto, quiero  
darle la muerte, y así  
nada será descubierto.  
Llegó la noche, y la dama  
previno un puñal sangriento,  
y estando ya recogida  
la gente, con gran silencio  
fue al cuarto donde dormía  
la criada, y descubriendo  
su blanco pecho, le dió  
con el afilado acero,  
una puñalada, que  
no le dió lugar, ni tiempo  
á que dijera Jesus,  
y con varonil esfuerzo  
la tomó en sus mismos brazos:  
y la hechó en un sumidero.  
Nadie llegó á saber cosa  
por diligencias que hicieron.  
Después saliendo esta dama  
á cierto divertimento  
una tarde, encontró  
en la calle un muchachillo,  
que este en sus brazos traía  
la niña con mucho aseo;  
pidióselo para verla,  
y lo engañó con dinero,

diciéndole que en aquel sitio  
le aguarda, que vuelva presto.  
A su casa la llevó,  
y le metió entre los dedos  
un anillo que tenía  
de valor quinientos pesos,  
y un letrado que decía  
de la hermosa prenda el dueño.  
Hizo una cuba de tablas,  
y metió la niña dentro,  
y siendo las oraciones,  
sin estorbarle el recelo,  
susto, miedo, ni zozobra,  
pesadumbre ó sentimiento,  
se fue á la orilla del mar,  
y echó la niña en su centro,  
pero la suma bondad,  
de Dios, quiso, que un lucero  
fuera sobre dicha cuba  
como de farol sirviendo,  
y por espumosas ondas,  
y cristalinos espejos  
navegó toda la noche  
siendo Dios el marinero  
de esta nave, que llevaba  
un ángel hermoso dentro.  
Era noche de san Juan,  
cuando sucedió el suceso,  
en cuya noche los moros  
tienen su divertimiento  
saliéndose á la marina  
á gozar del aire fresco,  
embarcándose en las lanchas,  
tocando mil instrumentos,  
entre los cuales estaba,  
don Carlos, y quiso el cielo,  
que otro no llegase á ver  
las luces de aquel lucero,  
sino es él, y partió al punto  
en un bergantín pequeño,

y estando en su cercanía  
las luces se obscurecieron:  
llegó, y sacando la cuba,  
volvió á tierra y con anhelo  
la abrió, y viendo aquella niña,  
se quedó absorto y suspense,  
y mas quedó cuando vió  
el anillo de sus dedos,  
y el letrado que decía  
aunque con mucho silencio,  
soy propio de doña Elena,  
y en sí mismo concibiendo,  
que era su hija, lloraba,  
y con paternal deseo  
procuró buscarle una ama  
para crianza y enseño.  
En esta sazón tenía  
su amo un infante tierno,  
que una cristiana cautiva,  
lo estaba criando al pecho;  
pero el Redentor Divino  
quiso muriese á este tiempo;  
y al instante mando el moro,  
que con aquel mismo esmero;  
que á su hijo la criara,  
y fue tan grande el afecto,  
que á la niña la tenía,  
que le deseaba el tiempo  
de su razón, para darle  
de su ley los documentos.  
Y al cumplir el primer lustro,  
le puso al punto un maestro,  
y de la mejor rica tela,  
que habia en todo aquel reino,  
la hizo un rico vestido  
para adorno de su cuerpo.  
Todo su mayor cuidado,  
su agencia, y mayor desvelo,  
era de cuidar la niña  
sin escepcion en aquesto.

Cumplidos los quince años,  
su padre don Carlos viendo  
á su hija, enterneci6se,  
y á un retirado aposento  
se fue, y puesto de rodillas  
dijo estos siguientes versos.  
Dulcísima y sacra aurora  
de la Victoria, consuelo  
de todo el que está afligido,  
y del perdido remedio,  
á tu piedad infinita,  
madre de Dios, hoy apelo;  
para que tu gran clemencia  
suavice el duro pecho  
de mi amo, que lo mueva,  
á que se de por contento  
de mi servicio, y me de  
la libertad que deseo,  
y á mi hija juntamente,  
prenda que en el alma siento;  
esto, señora, os suplico,  
y á vuestra eleccion lo dejo.  
Llegó, pues, el medio dia,  
con que á comer se pusieron,  
y el moro dijo á don Carlos,  
sabrás como yo pretendo  
concederte libertad,  
y á tu hija, y con aquesto  
despidete, que esta tarde,  
ha de ser tu partimiento:  
y porque de mí te acuerdes,  
á tu hija le presento  
esta joya de esmeraldas,  
por lo mucho que la quiero,  
y si en alguna ocasion,  
te hallares corto de medios

no tienes sino avisarme,  
que en remediarte me empeño,  
toma para tu viage  
lo que fuere de tu electo,  
apercíbete al instante,  
porque prevenido tengo,  
el navio, y al instante  
del moro se despidieron,  
y tambien le dió una cédula,  
para ir libres del riesgo,  
y don Carlos con su hija  
se abraza con tal contento,  
que con agua de sus ojos  
regaron el duro suelo.  
Entraron en el navio,  
y con grande rendimiento  
al simulacro divino  
de la Victoria pidieron  
que los ampare, y los guie,  
y fue tan próspero el viento,  
que á las diez horas llegaron  
á Málaga, donde haciendo  
visita á la pura Virgen,  
dos corazones le dieron.  
Visitaron á sus padres,  
y de la señora hicieron  
la diligencia, y estaba  
en un sagrado convento;  
y con gusto de ambas partes  
las bodas se dispusieron,  
y viven dándole gracias  
á la reina de los cielos.  
Y ahora Pedro Portillo  
pide á todos los discretos,  
que la falta de esta letra  
la perdonen como cuerdos.

F I N.

Con licencia. Valencia: Imprenta de Laborda. Año 1822.